No se puede esperar, por consiguiente, la aclaración del misterio sino por la lingüística que añadirá un milagro más á los muchos que tiene realizados.

Etimologías *racionales* y *bien fundadas* nos servirán de base en el nuevo ensayo.

LA LINGÜISTICA.

El resultado de las indagaciones á que vamos á dedicarnos en el curso de estos estudios, no podría tener valor ni peso en el juicio de los lectores si no tuviesen una idea del método científico en general y de los progresos de la filología y de la mitología comparada. Nuestras invenciones serían mal apreciadas si no se considerasen desde un punto de vista verdaderamente científico, el único posible tratando de un asunto tan resbaladizo si se ha de caminar sobre seguro. Nos es preciso, pues, por algún tiempo, separarnos de nuestro principal objeto, ya que sin una preparación anterior será difícil palpar el sólido fundamento de las apreciaciones sucesivas.

Existen además, aun en los que están versados en estos ramos de la ciencia, en los mismos maestros quizá, ciertas preocupaciones que nos vemos precisados á combatir. Esto no tiene nada de particular. Un hombre puede ser lo que se llama especialista; hacer adelantos considerables en determinadas partes del saber humano, y quedar estacionario en otras ó desconocerlas por completo, y como cuando no se

conoce una cosa no puede haber adecuación entre ella y las ideas, de ahí resulta un gran inconveniente que viene á equilibrar las ventajas de la especialidad.

Muy pocos son todavía los hombres dedicados á esta clase de ciencias que admiten la ley de evolución, y menos aun los que la adoptan con todas sus consecuencias. Ya de muy antiguo se había observado ó presumido instintivamente que la naturaleza no obraba por saltos; pero á nadie le pasaba por las mientes hacer aplicación de este principio á nada de este mundo. Preocupaciones de diversa índole impiden á muchos sabios aceptar y aplicar esta ley á sus respectivas ciencias. No reparan ellos que es la mejor base ó fundamento del método. La fórmula de esta ley tiene aplicación, tanto como á cualquiera otra rama de la ciencia, á la filología y á la mitología en general. Scheleicher tuvo la gloria de aplicarla el primero á la lingüística.

Si tendemos la vista por las diversas regiones en que se divide el mundo, veremos las razas humanas en sus diferentes grados de belleza física y de cultura moral; y si escuchamos su lenguaje, podremos observar la infinidad de diferencias entre unos pueblos y otros pueblos, entre una ciudad y otra ciudad, entre un barrio y otro barrio, y hasta entre unos individuos y otros individuos. Ninguna de estas diferencias son de desdeñar; todas tienen parte y marcan etapas en el mismo trabajo de la evolución. Si bien se examina distinguiráse entre tantas lenguas la mayor ó menor riqueza y perfección de formas, la exactitud de los términos, la entonación musical y su estructura íntima, y si el observador tiene disposiciones clasificadoras llegará á encontrar por sí mismo las tres grandes divisiones del lenguaje: monosilabismo, aglutinación, flexión.

La concepción genética de la vida del lenguaje es lo que distingue la nueva lingüística de la antigua, que se concretaba á una simple estadística ó á una clasificación sistemática de los fenómenos del lenguaje. Tiene, pues, esta ciencia, por más que digan algunos, los caracteres de histórica y de natural. Este último carácter es afirmado por Scheleicher y Max Muller y negado por Steinthal. Mas si bien la sintaxis, el origen, la fijación y ramificación de las palabras y sus acepciones escapan al método natural, para la lingüística no puede haber otro que el de las ciencias naturales.

Todos los sabios están hoy acordes en admitir que toda extructura de lenguaje ha comenzado por la creación de las raices. «Ha debido necesariamente haber antes que el lenguaje tomase la forma gramatical un estado en que no se compusiera más que de raices,» dice Heise (1).

«Si el sanscrito, el hebreo, ó el griego no hubiesen atravesado la aglutinación ó capa aglutinativa, dice Max Muller (2), si no hubieran atravesado un período como el chino, aislado ó monosilábico, *su forma actual sería un milagro.*»

Así como no se concebiría la creta sin una capa subyacente de oolite, ó de este, que tuviera encima trías ó asperón rojo, así tampoco puede concebirse hoy la formación del lenguaje sin aquellos tres grados que hemos indicado.

Admitiendo, pues, como no puede menos de admitir toda persona de juicio sano en vista de la observación científica de las operaciones de la naturaleza, que ésta no hace nada perfecto de repente, sino que procede

(1) *Sistem der Sprachwisen.*
(2) *La Stratification du langage.*

siempre de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo indefinido á lo definido, el problema: averiguar, dados los tres estados anteriores del lenguaje, monosilábico, aglutinado y flexivo, cuál de ellos corresponde á un período más primitivo de la humanidad, se impone y se resuelve por sí mismo.

Si el monosilabismo, (no el de la China que ha recorrido ya, aunque sin dejar de serlo, una considerable fase evolutiva, sino el primordial desaparecido del que pueden dar una vaga idea quizá los idiomas transgangéticos); si el monosilabismo, repetimos, es, pues, lo más simple, lo más homogéneo, lo más indefinido que hay en el lenguaje, ha de ser también el primer medio que los hombres tuvieron de comunicarse sus afectos, sus necesidades, sus ideas, prescindiendo de la mímica y de la onomatopeya.

Aparte de la ley natural de evolución cuyo carácter de universalidad está demostrado en el mero hecho de ser natural, y que, por lo tanto, abarca y comprende los idiomas como todo lo demás, la evolución del lenguaje se confirma también en la lingüística. Concebían los antiguos como cosa fácil que una lengua inspirada y perfecta en un principio pudiera bastardearse y corromperse pasando así de la perfección del hebreo, por ejemplo, perfección que no existe, al monosilabismo más imperfecto. Pero los resultados de la ciencia filológica son otros. Analizando las palabras de los diferentes idiomas se encuentra que, en los de flexión indo-europeos ó semitas y en los de aglutinación ó turanianos, hay un núcleo ó raíz que corresponde al monosílabo primitivo, si bien está casi siempre envuelto por elementos gramaticales, prefijos, subfijos ó desinencias, mientras que en los monosilábicos no se observa nada que pudiera haber pertenecido á los idiomas superiores. ¿Es concebible una pérdida de

elementos tan absoluta y completa? En las más grandes decadencias de otro género, en los más espantosos retrocesos, no se ve un ejemplo semejante. Una civilización puede hundirse, pero de ella siempre queda algo; de algunos insignificantes utensilios de la vida puede colegirse el estado del arte y de la industria; de una simple ceremonia religiosa, la moral de un pueblo; de un solo rito, el espiritualismo de un culto. ¿Qué desaparición mayor que la de las especies fósiles?; y sin embargo, sabemos hoy sus formas y costumbres; una vértebra, un molar, algunos huesos bastan para hacerlas conocer. El lenguaje, solamente, ¿sería una excepción? Los hombres de la edad de piedra que nada conservaron, que nada supieron, á quienes se ve inventar groseramente lo más indispensable para la vida, ¿serían los herederos de una civilización, de una edad de oro? Por más que se hable de ciertas razas degradadas, si en efecto lo son, como los descendientes de los portugueses en la India, conservarán siempre en medio de su envilecimiento mucho que revele á un observador imparcial su noble origen.

Debe tenerse en cuenta que amoldándose el lenguaje á la ley de evolución, no da saltos, es decir, no puede establecerse un límite determinado entre cada una de las tres divisiones admitidas. No hay, si bien se mira, lenguas en absoluto monosilábicas, aglutinantes ó de flexión. Todas tienen algo de las demás, pues pasan y están pasando de una forma á otra con gran facilidad; por eso Pott y su escuela creen que no hay evolución en tales formas. Procede esto de que se hace el tránsito de un modo imperceptible. Algún dialecto chino es ya ligeramente aglutinado; el mogol y el mantchú, marcan más el paso á la aglutinación y ésta crece hasta tener en el vascuence y en algún otro idioma americano su desenvolvimiento máximo. El

antiguo egipcio y la familia de lenguas hamíticas, presentan tendencias aglutinativas sumamente débiles al mismo tiempo que un carácter de ligera flexión; pero el finlandés, participando á la vez de ambos caracteres, señala mejor el paso á los idiomas de flexión.

Así, el lenguaje en su evolución secular principia por un monosilabismo sin desinencias gramaticales parecido al que se conserva hoy en las regiones transgangéticas, verdadero cytoide de la lingüística, para subir por diferentes grados de aglutinación á las tendencias flexivas de las lenguas malayo-polinésicas y llegar al elevado organismo de las semíticas, y á la más perfecta forma de las indo-europeas.

Es, por tanto, una cosa ya reconocida este progreso y esta evolución en el lenguaje. La raíz ha tenido, pues, que existir por sí misma antes de llegar á las flexiones, antes de verse rodeada de prefijos y desinencias; y como dice *Bunsen*, preguntar si una lengua puede empezar por flexión *es un absurdo*.

Si hay idiomas aislados en cuyas raices no se pueda encontrar semejanza con los demás idiomas, esto no significará que tales lenguas se hayan formado, crecido y desenvuelto de repente, sino que deberá ser explicado este aislamiento por la ruptura y desaparición de moldes anteriores de lenguaje. Del mismo modo, cuando un naturalista de la nueva escuela se ve ante un grupo zoológico ó botánico sin analogía inmediata con las conocidas, tiene la seguridad de que otras formas intermedias serán encontradas con el tiempo y de que han existido y existen en estado fósil por más que no se encuentren. Así en historia natural como en lingüística, es precesiso renunciar á la noción de especie, al menos, tal como era considerada antes de ahora, no siendo realmente sino una variedad de variedades en grado más lejano del tronco primitivo. Si un carácter nuevo, completo y bien definido hace su aparición de improviso ante los ojos del observador, que no se admire; procediendo sabiamente en sus comparaciones hallará el mismo carácter incipiente en una variedad remotísima anterior. La naturaleza es la gran institutora que satisface todas las necesidades, pero exige que las preguntas se hagan con método; quiere que no se busque nada fuera de la ley.

Un fisiólogo examina, por ejemplo, una columna vertebral, fuerte, consistente, bien enlazada, en el pez, en el reptil ó en el mamífero y el ave, y se hace á sí mismo esta pregunta: ¿cómo y cuándo pudo llegar á formarse esto?; y allá lejos, desde la oscura noche de los tiempos, se siente llamado y atraido por un sér pequeño y delicado, hundido en el fondo del Occéano que le da la ansiada contestación: en mí tienes el bosquejo primitivo de la columna vertebral: soy el anfioxus. Después, si deduce que una vértebra se extiende, se prolonga, se ahueca y que de esta dilatación se forma un cráneo; un ciclóstomo se encarga de confirmar su atrevida hipótesis. ¿Quieren aclararse más misterios? ¿Cómo empiezan á formarse el sistema nervioso, los órganos de los sentidos, los de las secreciones, los de la generación? A todo contesta la naturaleza.

Por fortuna, en la cadena del lenguaje, si faltan muchos eslabones, su huella es acaso tan profunda y tan perceptible como la que han dejado los de la escala zoológica; por eso hay esperanza de ver reconstituidas lenguas que desaparecieron hace muchos siglos, y ya tenemos un ejemplar en el *aryaco*. Este trabajo de reconstrucción, lo mismo que el de la comparación de lenguas, está sujeto á leyes que son aplicables también á nuestro estudio de los nombres míticos, que ocupan un lugar importante en la lin-

güística, siendo como son estos nombres los que mejor se conservan en la memoria de los pueblos á través de innumerables generaciones. Compréndese bien esto por el respeto que va unido á palabras tan sagradas por el carácter conservador de instituciones como el sacerdocio y la familia, por el amor á la tradición, por el encanto misterioso de que estaban rodeados tales nombres. Por eso el estudio de los mitos es un poderoso auxiliar de la filología.

Ahora, estos nombres míticos, siendo invención ó propiedad de un solo pueblo ¿cómo han pasado á los demás? ¿á qué será debida su formación? ¿será cosa del capricho ó del azar? ¿se inventó el nombre para el mito ó el mito para el nombre? Hé aquí cuestiones cuya acertada solución depende de la de un problema anterior: la del origen del lenguaje. Esta, á su vez, presupone otra: la de la unidad de la especie humana. No perderemos tiempo en examinar estas cuestiones. Para las personas connaturalizadas con el movimiento científico moderno, rápidas indicaciones bastarán para hacerles comprender nuestro pensamiento.

En un resumen bien hecho, en medio de todo, de los conocimientos filológicos actuales para uso de los españoles, se leen estas palabras: «Para el psicólogo y naturalista, es la unidad de la raza humana tan evidente que no admite controversia.»

Esto dista bastante de ser cierto; mas felizmente, el antiguo acertijo, mucho más serio de lo que á primera vista parece, ¿qué cosa es antes, el huevo ó la gallina? está ya resuelto. La ciencia que descifró esto ¿no había de haber resuelto lo otro cuando en realidad son uno mismo? Es una lástima, sin embargo, que esta unidad, que la ciencia no tiene inconveniente en conceder á la especie humana, no se parezca nada á la antigua unidad tradicional. Por poco

que se medite sobre la ley de evolución y sobre las leyes que influyen en el desarrollo de las variedades en el mundo, se tendrá resuelta esta gravísima cuestión. En cuanto al origen del lenguaje nos toca de más cerca, y aunque á la ligera, debemos exponer nuestro parecer.

Es una verdad reconocida que el lenguaje se aprende. Un mudo que no oye no puede aprender más que por señas. Oir es condición indispensable para hablar. Un hombre solo, aislado de toda sociedad, se encontrará, pues, en el mismo caso que el sordo-mudo de nacimiento. Los sonidos de la palabra humana no llegarán á él. ¿Será mudo este hombre? Tiene sin embargo una ventaja sobre el sordo-mudo que vive en sociedad, y es que no es sordo. Si las palabras de sus semejantes no llegan á él, llegan en cambio los infinitos ruidos de la naturaleza; el silbido del viento, el choque de las ramas agitadas, el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, el grito casi humano de ciertos monos. Muchos seres superiores de la escala animal tienen facultades ó instintos de imitación. El hombre no será menos en tal caso que el ruiseñor ó el papagayo. Si ahora se le da una compañera en iguales condiciones, una Eva educada por la naturaleza, es probable que todos los rumores del bosque ó de la playa hallen repercusión en sus gargantas para expresar el deseo. Un peligro inminente ó el recuerdo del que se ha corrido les obligará á repetir los sonidos que jugaron un papel en aquel suceso. Si tienen hijos, la necesidad de entenderse se acrecienta. ¿Quién será capaz de describir los mil afectos que en la naturaleza humana necesitan expansión en este caso?

Entiéndase que esta pareja que representa para nosotros todo un principio definitivamente humano, ha de estar ya dotada según las leyes de la herencia,

y es posible también como lo cree Steinthal (1) que el alma y el cuerpo tuviesen más dependencia en lo antiguo, y que como en el niño y el salvaje, cada intuición despertase en el hombre un acento ó un sonido. Una pareja abandonada no llegaría, sin embargo, á desenvolver un lenguaje, sino en su descendencia. El ejercicio continuado durante siglos de los órganos de la palabra por medio de los sonidos imitados de la naturaleza, preparó al hombre para el lenguaje. ¿Quién sabe el tiempo que nuestros antecesores habrán tardado en hacer uso de este favor divino!

Entre las preocupaciones que más estorban para ver claro en esta clase de estudios, es la peor, la noción que vulgarmente se tiene del tiempo que duró la creación y del que el hombre lleva en el mundo. En vano la geología presenta ó hace notar pisos sobre pisos; en vano explica que estos terrenos son sedimentarios, que necesitan por tanto millares de años para su formación; en vano prueba que sólo puede depositarse una pulgada por siglo en el fondo de los mares; en vano mide centenares de piés en esas capas; en vano presenta restos humanos en la época terciaria; la autoridad, la rutina, la tradicción se resisten á la evidencia.

Es necesario ya ensanchar la noción de tiempo, como se ha ensanchado la noción de espacio en la astronomía. No pretendemos convencer aquí á los que no están preparados. Para destruir tales prevenciones serían necesarios multitud de libros y una nueva dirección á los espíritus.

Desde que Jacobo Grimm supuso un estado monosilábico primitivo, sin flexiones, compuesto sólo de algunos centenares de raices, se ha llegado á averiguar

(1) *Der Vrs prung der Sprache;* Berlín, 1851.

que los millares de palabras aryanas, europeas y semíticas pueden reducirse en su origen á menos de quinientas raíces, siendo todo lo demás añadido después de la separación de las razas en un pasado prehistórico, antes que los semitas tuviesen raices trilíteras. Esto es lo natural, y no puede asignarse otro principio al lenguaje dentro de la ciencia. Es seguro que el número de radicales podría reducirse más si fuera posible llevar la investigación á la tribu ó familia primitiva. Más adelante veremos que una sola raiz monosilábica pudo dar nacimiento á millares de palabras y llegar á expresar infinidad de objetos. Si este estado primitivo del lenguaje en que unas pocas raices entonadas bastaron á las necesidades sociales de los primeros hombres ha desaparecido para siempre, consiste en que el paso de lo hemogéneo á lo heterogéneo, se hace pronto y dura poco, lo mismo en las obras de la materia que en las que son producto de la actividad humana, y por eso las formas de lo homegéneo desaparecen luégo y son perdidas la mayor parte de las veces. Esta es la causa de la oscuridad que envuelve todos los orígenes. Otra cosa sucede con el tránsito de lo incoherente á lo coherente, que es más largo y tarda en empezar, prestándose por lo mismo mejor á la observación. Hé aquí por que las lenguas vivas monosilábicas y aglutinadas conservan todavía el carácter de incoherencia que ha pasado ya al de coherencia en las superiores de flexión, mientras que la forma verdaderamente primitiva y homogénea del lenguaje se ha perdido. Por no fijarse en esto M. Renán, ha padecido la ilusión de ver síntesis perfecta allí donde sólo hay indefinición ó incoherencia. De la falta actual de homogeneidad adujo la no existencia de este carácter en ningún tiempo. Este procedimiento que parece lógico sin serlo, es causa de muchos errores científicos.